

golpe brusco y casi arbitrario, pero el único que podía hacer posible la existencia de un Ministerio antipático á la Nación, el único que se hallaba al alcance del trono, que en su ciego empeño por defender sus antiguos privilegios no miró que principiaba una lucha con el elemento popular, lucha desigual que despues de grandes trastornos, de terribles sacudidas, y de esfuerzos inauditos, habia necesariamente de terminar como ha terminado.

Ingrato por demás fué el trono en aquella ocasion como en otras muchas, para con el hombre que habia salvado á la Monarquía de una ruina casi inevitable. Mendizábal en efecto, apagando con su génio y su gran talento la temible hoguera de la Revolucion, y aplacando la cólera popular con su sábia destreza; proporcionando al Erario inmensos recursos con sus gigantescas concepciones; restableciendo el crédito desprestigiado de la Nación; conteniendo con mano vigorosa los progresos de la causa carlista; y probando á conciliar con sábias instituciones, la existencia del trono con las exigencias liberales del pueblo, habia detenido al borde de un abismo el Trono de Isabel II, y le habia afianzado con su robusto brazo. Bien pronto se echó de ver que las doctrinas del Gobierno que sustituyó á aquel grande hombre, no tenian prestigio ni fuerza para mantener al pueblo en los límites de la obediencia.

No pudiendo apoyarse en la opinion pública que lo repelia, y no contando tampoco con buenos resultados en el ejército, el nuevo Ministerio intentó poner fin á la guerra por medio de la intervencion francesa que solicitó, y que Mendizábal no habia querido en manera alguna pedir, convencido de que los elementos liberales y las fuerzas propias de la Nación bastaban para apagarla. Recibió el Ministerio primero dilaciones en su solicitud, y más tarde desaires; pues Luis Felipe no se atrevió á indisponerse con las potencias del Norte, que favorecian con sus simpatías á D. Cárlos.

Unido el mal efecto de estos desaires á los amaños y abusos que el Gobierno empleaba en las elecciones, y á los reveses sufridos en la guerra civil, aumentaron la general antipatía del país en contra del Ministerio, y apresuraron la esplosion del aborrecimiento popular: En Málaga fué donde primero estalló la insurreccion, proclamándose la Constitucion de 1812 en 26 de Julio; y habiendo tratado de oponerse á la sublevacion los gobernadores civil y militar Saint-Just y el conde de Donadio, fueron asesinados por el pueblo. La chispa encendida en Málaga, propagó el incendio á toda Andalucía, y Sevilla, Granada, Cádiz, Jaen y Córdoba se insurreccionaron tambien. Zaragoza negó su entrada á la division del brigadier Narvaez, mandada por el Gobierno para prevenir un levantamiento, despues de lo cual la inmortal ciudad levantó tambien el grito de la insurreccion lanzado en Andalucía, habiéndose puesto al frente del movimiento popular el mismo capitan general San Miguel. Imitó Aragon todo el ejemplo de su capital, y se propagó la insurreccion rápidamente hasta Valencia, Alicante, Murcia y Castellon. El capitan general Mina se puso al frente del movimiento popular en Cataluña, que respondió al grito de toda España, puesto que tambien se habia propagado ya el pronunciamiento por Estremadura y las Castillas.

Como en el año anterior sucedió al Ministerio del conde de Toreno, se vió en este año el de Istúriz cercado y encerrado en Madrid, única poblacion que le